



EL SIGLO XVI EN NOVELAS Y CUENTOS HISTÓRICOS PERUANOS CONTEMPORÁNEOS

Concepción REVERTE BERNAL
Departamento de Filología
Universidad de Cádiz
11003 Cádiz
concepcion.reverte@uca.es

In memoriam Jesús Cañedo
Guillermo Lohmann Villena

EN EL I CONGRESO INTERNACIONAL 25 AÑOS de narrativa peruana (1980-2005), celebrado en la Casa de América en Madrid, en mayo del 2005,¹ varios participantes trataron del reciente auge de la novela histórica en el Perú, siguiendo una tendencia señalada para la nueva novela hispanoamericana a partir de los años 80. En el caso peruano, para el que apenas existe bibliografía de carácter internacional, la novela que supone un hito para su inicio o para la conciencia nacional de este fenómeno —que no es lo mismo— será *Sol de los soles*, de Luis Enrique Tord. En este artículo deseo hacer un breve repaso a este tipo de relatos, a través de algunos ejemplos.

En primer lugar, es preciso llamar la atención sobre el hecho de que esta mirada histórica se centre preferentemente en el período colonial y, dentro de él, mayoritariamente en el siglo XVI. Recordemos cómo en la célebre polémica entre Ricardo Palma y Manuel González de Prada, que marcó el tránsito del siglo XIX al XX en el Perú, tras la guerra con Chile, fue fundamental la diferente actitud que mantuvieron ambos escritores respecto a la Colonia: Palma, políticamente un liberal, literariamente un romántico rezagado, lleno de contradicciones, estaba apegado a ella; Prada, de ideología anarquista, todavía romántico en su poesía pero un adalid del Modernismo en su prosa, la rechazaba enérgicamente, atribuyendo a la nostalgia colonial de los peruanos el olvido de un presente problemático y decadente. Este rechazo al colonialismo de la intelectualidad progresista marcó la cultura peruana posterior, de tal manera que la rememoración literaria de los siglos coloniales era normalmente considerada sinónimo de conservadurismo. Ricardo Palma fue, sin duda alguna, uno de los escritores hispanoamericanos más leídos e influyentes del último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX, de modo que, aunque se omita toda referencia a su figura y su original creación, que



son las tradiciones, su impronta existe, aunque sólo sea para provocar un rechazo más o menos consciente.

La opción de los escritores peruanos por el siglo XVI puede deberse a varias razones. El siglo XVI es el período en que se origina la identidad peruana, principalmente por el violento encuentro de dos visiones del mundo: la nativa, que es la indígena, la cual no es monolítica, y la española. Tord, en la “Advertencia al lector” de *Sol de los soles*, justifica el asunto de la novela por el carácter decisivo de los años 1565 a 1572, cuando la conquista española se tambalea por la rebelión indígena, hasta que el Virrey Francisco de Toledo ejecuta al inca Tupac Amaru, pacificando políticamente el territorio y dando origen al mito de Inkarrí (la resurrección de los incas). Es decir, que desde esta perspectiva se está novelando un momento crítico, en que la realidad nacional toma un determinado rumbo en lugar de otro. La profundización en sucesos y personajes de este siglo se debe asimismo a la historiografía de los últimos años, con notables avances respecto a creencias tradicionales sobre el proceso de conquista y colonización o sobre instituciones como el Tribunal del Santo Oficio en el Perú. Las tensiones entre indígenas y españoles serán particularmente visibles en la antigua capital del Imperio, el Cuzco, de ahí que varios escritores escojan esta ciudad como escenario de sus relatos. Volviendo a Ricardo Palma, hay que añadir que la mayor parte de sus tradiciones transcurre en Lima, la capital española, y en el siglo XVIII.

Además de la historia actual, inciden en esta novela la Antropología, que equipara humanamente a vencedores y vencidos; el Neoindigenismo narrativo, ligado a la anterior, que inaugura en el continente americano el peruano José María Arguedas, quien presenta al indio como individuo, desde adentro, gracias a su bilingüismo y mayor conocimiento de la cultura indígena; los hallazgos arqueológicos de los últimos años, como la tumba del Señor de Sipán, que abren nuevas vías para entender el pasado; la fuerza que cobran los estudios literarios coloniales en las últimas décadas, relacionada con los estudios culturales de los Estados Unidos, en los que poseen importancia nuevos conceptos como el de la “heterogeneidad”, al que dedicó bastantes páginas el también peruano Antonio Cornejo Polar.² Se da, por tanto, una vuelta a temas tratados antaño, pero con más elementos de juicio y nuevas orientaciones.

Como he mencionado antes, al primer grupo de narradores peruanos de este nuevo relato histórico pertenece Luis Enrique Tord (Lima, 1942). Doctor en Antropología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, quien también realizó estudios en la Universidad Católica de Lovaina, en Bélgica; experto en arte colonial, ha ocupado importantes cargos dentro y fuera de su país y ha obtenido varios premios. Entre sus obras cabe citar *El indio en los ensayistas peruanos: 1848-1948*, *Crónicas del Cuzco*, *Historia de las*



artes plásticas en el Perú. En su hermosa colección de cuentos *Oro de Pachacamac* (1985), compuesta por siete textos, Tord ofrece al lector diversos aspectos del Cuzco colonial del siglo XVI. En ellos resulta difícil discernir los límites entre la indagación histórica y la imaginación, mostrando un profundo conocimiento de la época, tal como subraya el ensayista colombiano Germán Arciniegas en la “Presentación” del libro, al comparar a Tord con Alejo Carpentier. Con gran acierto, Tord ha sido asimismo relacionado con Manuel Mujica Láinez, quien en obras como su novela *Bomarzo*, revela su dominio de la Historia del Arte y de la Cultura y su capacidad para la ficción. Otras influencias en él parecen ser Jorge Luis Borges e Italo Calvino. En estos relatos, que adoptan la forma de transcripción de documentos o de explicación erudita de obras de arte, Tord refleja el sincretismo de la sociedad colonial, en la que el santuario indio de Pachacamac está ligado a la veneración del Señor de los Milagros y donde, en el Cuzco, cultura incaica, heterodoxia renacentista y judaísmo están entremezclados. El escritor desea convencer a los lectores de la veracidad de sus conjeturas, para lo que precede los textos con citas de autores, como el Inca Garcilaso de la Vega, Miguel de Estete, León Hebreo, René Guénon (Francia, 1886-Egipto, 1951), etc., añadiendo al último relato un “Post scriptum” con las fuentes documentales de lo narrado (121-124). Los cuentos hablan de personas de carne y hueso coetáneas al Virrey Francisco de Toledo, como el conquistador Juan de Salas Valdés (“El león rampante”), el llamado “Almirante”, dueño de una importante casona renacentista del Cuzco (“La nave del dragón”), el converso Francisco Santángel (“El judío de las brújulas”), los cronistas Juan Polo de Ondegardo y Pedro Sarmiento de Gamboa, y otros notables de la ciudad, como Sebastián de Almenara Maldonado y Diego de Silva y Guzmán.

Si el número siete de la colección de cuentos anterior es emblemático, la voluntad simbólica de *Sol de los soles* (cito por 1998), de Tord, queda patente cuando encabeza la novela con una oración a Viracocha, tomada de la *Relación de antigüedades deste reyno del Pirú*, del cronista Juan de Cruz Pachacutec, y con una frase de *La construcción de la muralla china*, de Franz Kafka, que dice así: “Las batallas más remotas de la historia se están librando ahora mismo”. Según explica el propio Tord, sus libros de relatos *Oro de Pachacamac* y *Espejo de constelaciones* —que no he leído—, junto a la novela *Sol de los soles*, formarían parte de una saga inconclusa que ha titulado *Dioses, hombres y demonios del Cuzco*. La novela está dividida en trece capítulos, que van acompañados uno a uno por ilustraciones que proceden de la *Nueva crónica y buen gobierno* del cronista indígena Felipe Guamán Poma de Ayala, quien reclama otro modo de gobernar las tierras americanas al monarca español. Sus imágenes establecen un contrapunto con lo narrado, donde el Virrey



Francisco de Toledo (visto por la historiografía clásica como un excelente gobernante, considerado por otros un tirano), ocupa un lugar principal. La narración empieza con el Virrey Toledo, recién llegado al Cuzco, con el propósito de acabar con los incas rebeldes de Vilcabamba, y termina con la ejecución pública del último inca, Tupac Amaru, y el ocultamiento del ídolo ligado al poder incaico, que es el Punchao. Al nombre de éste se debe el título de la novela:

Desde aquella ocasión –cuarenta años atrás- nadie había sabido dar razón de ese ídolo que era el particular de la familia imperial del Cuzco, como que su nombre Punchao significa ‘primera luz del día’, es decir Sol de la aurora. O como también lo nombran en su lengua los *quipucamayoc*: *Intip intitin*, ‘Sol de los soles’. (280)

Según la tradición, la reaparición del Punchao estaría ligada a un nuevo levantamiento del pueblo indígena, idea con la que concluye la novela. Desde el punto de vista indígena, las fechas que enmarcan la novela poseen gran importancia: 1565 sería el año del milenio incaico, para el que se esperaban grandes cambios. La entrada de los españoles en Vilcabamba el 24 de junio de 1572 sería, según se dice en la narración, “el día de san Juan Bautista, el mismo del solsticio de invierno en que, durante el Tahuantisuyo, se celebraba el *Inti Raymi*” (276). La novela se construye a partir de biografías, con saltos temporales que amplían un poco más el ámbito cronológico, lo que origina cierta debilidad estructural. El narrador expone los hechos introduciéndose en el interior de los personajes. Por sus páginas desfilan como personajes principales: el Virrey Francisco de Toledo, el humanista judío Francisco Santángel, doña Beatriz Clara Coya, los mestizos conjurados contra García de Castro, el noble indígena Carlos Paullu, el agustino Diego Ortiz –que fue martirizado por el inca rebelde Titu Cusi Yupanqui–, don Martín García de Loyola. Como corrientes de pensamiento fundamentales en este período, se habla también del Taqui Oncoy y del proyecto de monarquía cristiana de los jesuitas. Será Francisco Santángel quien explique al cronista Sarmiento de Gamboa el significado del Taqui Oncoy en la novela, para responder a la preocupación del Virrey Toledo por la posible vinculación entre el movimiento indígena y Vilcabamba:

La respuesta, capitán, no es simple, pero intentaré compendiarla en breves palabras: el Taqui Oncoy significa que los curacas regionales que de antiguo fueron sojuzgados por los incas del Cuzco son los auténticos caudillos de esa inmensa rebelión indígena. Y algo fundamental: son ellos quienes están convencidos de que el ciclo de los incas ha concluido con el final del cuarto *cápachuatán*, es decir en 1565, año del inicio de un nuevo *cápac inti* y de la resurrección de las antiguas huacas a través del Canto de las Pléyades. Y la proclama que ha encendido el ánimo de los sacerdotes indígenas es clave:



las huacas del Cuzco, victoriosas por mil años, han sido sucedidas en el quinto sol o *cápachuatan*, que se inicia con la resurrección de las viejas huacas fundacionales del Alto y del Bajo Perú, del *Hananq* y del *Hurin*, de la región colla y de la yunga. ¡Para ellos el tiempo actual es el de la dominación de Pachacámac y Titicaca! (242)

Es decir que, según Santángel, el Taqui Oncoy y la rebelión de Vilcabamba son movimientos distintos, aunque coincidentes en el tiempo. Como expone también Francisco Santángel dentro del relato, el apresamiento de Tupac Amaru es considerado asimismo inicio de una nueva era por las órdenes religiosas llegadas al Perú, sólo que con diferentes enfoques: para los franciscanos tiene que ver con sus ideas milenaristas, para los jesuitas con su deseo de instaurar un nuevo orden cristiano en el Perú (297). De aquí la importancia que tiene el matrimonio de la princesa incaica doña Beatriz Clara Coya con el noble español don Martín García de Loyola, hipotéticos reyes de esa monarquía, al que se dedica el capítulo 12. Como advierte Tord en el "Epílogo" de la novela, el proyecto jesuítico continuaría a través del enlace de doña Ana María Lorenza Coya Inca Sayri Tupac de Loyola, primera marquesa de Santiago de Oropesa, con don Juan Enríquez de Borja y Almanza, marqués de Alcañices y caballero de Santiago, nieto de San Francisco de Borja. Ambos enlaces fueron inmortalizados por los jesuitas en cuadros que se reproducen con frecuencia y que se conservan en el Cuzco, Arequipa y Lima. Como se ha visto hasta aquí, el sincretismo ideológico y religioso es uno de los aspectos claves de la novela.³ Tord completa el volumen donde publica la novela con una relación histórica de sus "Personajes principales" y una "Nota" en la que detalla la abundante bibliografía de la que se ha servido; en esta última sostiene:

Pertenezco a una generación persistentemente dedicada a la revisión de nuestro devenir como nación. Y en esa indagación la historia ocupa un lugar importante en las respuestas a los retos, interrogaciones y exigencias de nuestro tiempo. Pero también acontece que las disciplinas científicas han quedado sometidas a límites que impiden enriquecer o ampliar las respuestas de las que estamos tan urgidos. Y es entonces que la literatura debe acudir a decir lo suyo. (351)

A la misma generación pertenece José Antonio Bravo (Tarma, 1937), Profesor de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde se formó, aunque asimismo realizara estudios de postgrado en el extranjero, y en la que ha dirigido durante más de veinte años un Taller de Narración, por lo que su influencia ha sido grande en jóvenes escritores. Antes de darse a conocer como autor de novelas históricas, Bravo poseía una larga trayectoria como narrador urbano y como ensayista. Suyas son la novelas: *Barrio de broncas* (1971, Premio Nacional de Novela), *Las noches hundidas*, *Un hotel para el otoño*, *A la hora del tiempo*, *Tó Melisa Eloísa* y el libro de relatos *Cróni-*

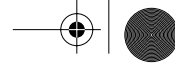


cas en familia. Como ensayista ha publicado: *Lo real maravilloso en la novela latinoamericana contemporánea*, *Biografía de Martín Adán*, *La generación del 50*, entre otros. Bravo ha escrito dos novelas históricas que han tenido una excelente acogida: *Cuando la gloria agoniza*. Irere Mayó: *El Brujo* (1989; 2ª ed. 1991) y *La Quimera y el Éxtasis* (1996; 2ª ed. 2004), que quedó finalista en el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Las dos se sitúan en la ciudad de Saña, en el siglo XVI, y la segunda es una continuación de la primera, hasta el punto de que con parte de la primera y la segunda podía haber publicado el autor una única novela más extensa, por lo que comentaré algunas cuestiones de ambas de manera conjunta. La elección de Saña o Zaña (como se escribe hoy) como espacio físico para las dos novelas, supone un desplazamiento de los dos centros principales del siglo: Cuzco y Lima, que aparecen a través de las andanzas de los personajes. Tal como sucedía con Jauja, Saña era una de las poblaciones más prósperas del Perú, mitificada por su riqueza; las dos novelas lo recuerdan (*Cuando la gloria...* 150, *La Quimera...* 93). La ciudad se prestaba también a su conversión en mito por haber sido destruida, primero por el saqueo de piratas, en 1686, y finalmente por las inundaciones de 1720, quedando desde entonces abandonada (véase, por ejemplo, Rubén Vargas Ugarte 1981).

Bravo subtitula *Cuando la gloria agoniza* “Ensayo novelado” y lo justifica previamente en el libro:

El ensayo novelado vendría a ser una modalidad de la narrativa, que tiene sus raíces, probablemente en las crónicas, en las visitas, en los anales y en todos aquellos textos que, con un margen relativo de confiabilidad, han ido haciendo la historia de nuestro continente; en este marco, la aparición, creación y yuxtaposición de los mitos y leyendas acerca de los orígenes de personajes y hechos extraordinarios, completan este material que ahora y siempre serán objeto de revisión y comprobación para establecer la real delimitación de su veracidad que, a nuestro juicio, jamás podrá ser concluida, y que, sin embargo, soporta un margen de credibilidad que aparentemente es confiable.

La novela lleva el lema “*Fugis irreparabile tempus*” y una serie de prolegómenos: dos citas de órdenes de Isabel La Católica y Carlos V relativas al trato cristiano que deben recibir los naturales de Indias, una cronología del Perú y de la ciudad de Saña en el siglo XVI, dos mapas del Virreinato del Perú y, por último, un grabado del siglo XVI en el que se ve a indígenas y españoles luchando en una isla, donde destacan tres perros de presa de los que usaban los españoles para atemorizar a los indios y tres carabelas. La “Primera Parte” de la obra va encabezada por una cita del cronista del Perú Pedro Cieza de León, que empieza: “No se engañe ninguno en pensar que Dios no ha de castigar a los que fueron crueles para con los indios” y que termina hablando



nuevamente de los perros de presa españoles alimentados con carne de los indios, crueldad extrema que reaparecerá en otros momentos del relato. *Cuando la gloria agoniza* está dividida en capítulos breves con doble título: el primero es más extenso y evoca los títulos de las crónicas, libros de caballerías o de otros géneros antiguos; el segundo, más actual, se refiere a lo mismo de modo conciso. Por ejemplo, 1. “De lo que se dice acerca del mito de Naymlap, en su esencia, como personaje fundamental de la mitología yunga”, “Los orígenes”; 2. “Que trata del camino de los peregrinos y viajeros al rico valle de Saña. El viento, el sol, el arenal implacable”, “El silencio borroso del desierto”. La primera parte de esta novela es una especie de *collage* estático, en el que, partiendo del mito yunga de Naymlap, hay una descripción física y sociológica de Saña, con los indios tapahuanes, los encomenderos blancos y la población negra de su barrio de Malambo. Dos capítulos de esta primera parte hacen referencia a “Inka-Rey o Inkarrí”, esperanza para los indígenas, en medio del sufrimiento causado por los abusos de la colonización:

El Inca-Rey que es Inkarrí fue hijo del sol en una mujer salvaje, así se viene repitiendo de cumbre a cumbre. Inkarrí fue apresado por el Rey español; fue martirizado y decapitado, eso es lo que se repite. La cabeza del Dios está viva y fue llevada al Cuzco; el cuerpo se está reconstruyendo hacia abajo de la tierra, cuando el cuerpo de Inkarrí esté completo, volverá para que sus leyes se cumplan y mate a todos los españoles. (51)

En esta primera parte se nos habla ya de varios de los personajes principales que intervendrán en la acción desarrollada en la segunda y que se repetirán, con unos pocos añadidos, en *La Quimera y el Éxtasis*: el corregidor Miguel Rodríguez de Villafuerte, fundador de la ciudad, y su hermano Francisco José, el cacique de los tapahuanes llamado don Bernardo, el encomendero Alonso Félix de Morales “el Mozo” y el “físico-apotecario”, de origen judío, Camilo, quien ha salido de España huyendo de la Inquisición. La trama novelesca propiamente dicha empieza hacia la mitad del libro; el tono reivindicativo frente a los excesos de la conquista, se subraya dando inicio a esta parte con una frase del padre Bartolomé de las Casas, defensor de los indios: “Que el jornal fuese conforme a los trabajos”. El asunto, que acaba con lo que se descubrirá en *La Quimera y el Éxtasis* como un falso desenlace, es el siguiente: Paloma, hija de don Francisco José Rodríguez de Villafuerte, es engañada y violada por el cura don Fermín; don Alonso y sus amigos, que la pretendían, vengan la afrenta asesinando al sacerdote, tras lo cual tienen que salir huyendo de la ciudad a Pallaques, refugio de cimarrones. Es ahora cuando se nos presenta al brujo Irere Mayó, cuya biografía recorre importantes acontecimientos del Perú del siglo XVI, que incluyen el ajusticiamiento de Atahualpa, el cerco del Cuzco por el rebelde Manco Inca, los pleitos entre Hernando



Pizarro y Almagro, la expedición a El Dorado, etc. (109-111). Mayó es un admirador de Lope de Aguirre, a quien se dice acompañó en la expedición de Pedro de Ursúa por el Amazonas; en la novela el negro hace una paráfrasis de la carta que dirige Aguirre al Rey Felipe II (201 y ss.), recogida por Francisco Vázquez en su crónica de *El Dorado*. La novela concluye con la identificación de Atahualpa con Inkarrí, en un párrafo de sincretismo religioso:

Atahualpa volverá para hacer la Guerra a los Cristianos, a Santiago mata indios, a Técte Mañuco, a la Virgen Linda, Mamacha, para matarlos a todos, volverá Atahualpa si llevamos su cabeza del Cuzco a la Ciudad de los Reyes para que se junte con su cuerpo y mate a todos, que está enterrado en una zanja junto a Pizarro. Atahualpa vendrá y matará, le cortará el pescuezo al doctor don Francisco por romper nuestros dioses. Así es, hierro con hierro te mueren.

La Quimera y el Éxtasis empieza donde terminaba la novela anterior, con el aviso del perdón al grupo de amigos, lo cual les permite volver a Saña. Toda la novela desarrolla cómo don Miguel Rodríguez de Villafuerte ejerce un buen gobierno, restituyendo el orden que habían alterado con sus malas acciones su hermano Francisco José y otros encomenderos. Se habla del Taky Onkoy (250-255) y se repiten las peripecias de Irere Mayó en el cerco del Cuzco y la expedición de Pedro de Ursúa (269 y ss.). La novela está dividida en dos partes y 101 capítulos breves, con un único título de estilo antiguo. Concluye en un final feliz para los miembros del grupo de amigos que protagoniza la novela y con la convivencia armónica de las tres razas que forman la ciudad; lo cual sólo se ve enturbiado por una “lluvia de estrellas” que cae sobre Saña en el último capítulo y que se interpreta como un augurio funesto para un futuro indeterminado.

En las dos novelas se utiliza un narrador de tercera persona omnisciente, que cambia de perspectiva en razón de los personajes principales a través de los cuales se enfoca la acción; como acabo de mencionar, más que un protagonismo individual de Irere Mayó hay uno colectivo, del grupo de amigos que interviene en ambas novelas. Bravo se deleita en el uso del lenguaje, pues, como él mismo explicaba en su intervención en el Congreso sobre narrativa peruana citado al principio, este aspecto es fundamental para lograr una buena novela histórica; varios pasajes de ambas novelas parecen reproducir documentos de la época. Bravo coloca como apéndices a *La Quimera y el Éxtasis* un “Vocabulario” y una “Bibliografía”, donde sobresalen títulos sobre la vida cotidiana durante la Colonia y, particularmente, sobre las prácticas curativas. Casi todos los amigos se dedican a la brujería, curanderismo o medicina de entonces, indicando, con ello, el autor los límites borrosos que había entre ciencia y superstición. El saber médico de los blancos (Camilo,



don Álvaro de Torres), indios (Juan Catacora, Timule Tinto Yac alias “Pechera”) y negros (Ireere Mayó) se equipara en las novelas, con un planteamiento multiculturalista. Hay una crítica anticlerical en ambos relatos, especialmente contra la lujuria e hipocresía de ciertos clérigos que aparecen en ellos: don Fermín y don Rodrigo. En *Cuando la gloria agoniza* interviene un cura “extirpador de idolatrías y sermoneo” que tampoco sale bien parado. En el clima de sincretismo religioso español, indio y africano de ambas novelas, impera la confusión,⁴ presentándose el Tribunal del Santo Oficio, llegado al Perú en 1571, durante el gobierno de Toledo, más como una amenaza atemorizante que como el organismo que trataba de velar, con todos sus errores, contra la desviación doctrinal y las costumbres escandalosas.⁵

Un poco más jóvenes que los anteriores, los narradores cuzqueños Enrique Rosas Paravicino (1948) y Luis Nieto Degregori (1955) cultivan el cuento histórico, alternándolo con cuentos de gran actualidad. Rosas Paravicino es, sobre todo, conocido por su novela de base antropológica *El gran señor*. En su colección de cuentos *Ciudad apocalíptica* (1998), cuyo título está tomado de uno de los relatos, alterna de manera ordenada el cuento histórico con el cuento de asunto contemporáneo; de sus cuentos históricos, tres se refieren al siglo XVI y otros dos al XVIII. El primer cuento histórico: “Un varón acaudalado del Sur”, narra la historia de Antenor Balarezo, “el mercader más próspero de la villa rica de Potosí”, quien, al indagar por sus orígenes familiares, se entera de que descende de un hereje del siglo XIII, tras lo cual abandona todo y se convierte en vagabundo; Rosas emplea aquí un narrador de 3ª persona, que cita las fuentes reales o supuestas de lo narrado. “Señor del buen oficio” está escrito en 1ª persona, en boca de Aldo Servalesca, joven oriundo de Turín, en Italia, que viaja a Lima siguiendo los pasos del impresor Antonio Ricardo, lo que sirve de pretexto para evocar la vida de éste;⁶ significativamente el cuento va encabezado por una cita de Alejo Carpentier. Rosas dice que su cuento “Noticias de un duelo” procede de una investigación en el Instituto de Historia Andina Kay Pacha, sobre los personajes representados en una ilustración del cronista Guamán Poma de Ayala: un clérigo y un español batiéndose en duelo; en la narración nos enteramos de que la riña se debió a los amores de un corregidor con la hija del cura. Los dos cuentos del siglo XVIII presentan temas y personajes que estaban en los libros antes comentados: En “Ciudad apocalíptica”, situado en el Cuzco, durante la peste de 1720, la pareja protagonista está formada por una joven y el cura que mantiene relaciones con ella, contra los cuales azuza a la multitud “el portugués místico de origen judío”(100) Heraclio Bascuñán, quien había huido de Europa al ser declarado hereje; en este caso será el obispo del Cuzco quien facilite la huida a la pareja. En “Sombra por castigo real” el narrador omnisciente



habla desde el punto de vista de Fernando Tupac Amaru, hijo del famoso cacique que lideró la rebelión indígena de 1780, quien se encuentra desterrado en Madrid, desde donde evoca los hechos; el cuento surge de su acta de defunción que pone: “Fernando Tupac Amaru... treinta años... melancolía hipochondríaca...” (132) y en él se menciona el mito de “Inkari”, en relación a su padre. Los cuentos contemporáneos de Rosas tratan de las vinculaciones entre un grupo guerrillero y una secta religiosa, el narcotráfico, el sentimiento de superioridad de un *marine* norteamericano frente al pelotón de guerrilleros sandinistas que lo va a fusilar, un asaltante de bancos reconvertido en magnate financiero limeño y la historia de un profesor y de su hijo, militante este último de Sendero Luminoso –movimiento guerrillero surgido en Perú a inicios de los años 80, que pretendía la sublevación de los indígenas–.

La carátula del libro *Señores destos Reynos* (1994), de Luis Nieto, reproduce un cuadro cuzqueño del matrimonio de doña Beatriz Clara Coya con don Martín García de Loyola. En la solapa del mismo se dan algunos datos del autor: Estudió Literatura y Lingüística en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú, es investigador del Centro de Educación y Comunicación Guamán Poma del Cuzco. Ha escrito varios libros de cuentos, reunidos en *Con los ojos para siempre abiertos* (1990). *Señores destos Reynos* está dividido en dos partes, diferenciadas cronológicamente: “Uno” reúne cuentos que se sitúan en el siglo XVI, menos el último, que corresponde al siglo XVIII; “Dos” recoge tres cuentos de época contemporánea. “Uno” se abre con una cita de la *Instrucción* del cronista Titu Cusi Yupanqui, que dice: “...como tú as visto y de todo heres testigo, no me vencistes vosotros a my por fuerça de armas sino por hermosas palabras...”. En los cuentos, Nieto emplea un narrador de tercera persona que se introduce en los protagonistas. En “Hijos de Supay” (el demonio indígena) leemos recuerdos de sucesos de la conquista, descubriendo a la postre que proceden de Manco Inca, el primer inca rebelde de Vilcabamba. En “Reina del Perú” será doña Beatriz Clara Coya quien nos cuente su historia, rectificando la interpretación tradicional que la ve felizmente aculturada; el cuento concluye aludiendo al mito de Inkarrí. “Gabrielico, ángel del demonio” se desarrolla en dos líneas paralelas: en una, un narrador omnisciente adopta la mirada de doña Leonor Valenzuela, española casada, que relata su relación con el dominico fray Francisco; en otra, escrita en cursiva, se transcriben las supuestas declaraciones de fray Francisco ante el Tribunal de la Inquisición, respondiendo a las acusaciones por hereje, por su vinculación a la vidente María Pizarro a quien atribuye palabras del Arcángel San Gabriel, y por haber mantenido la relación adúltera mencionada, de la que ha nacido el pequeño Gabrielico. Este cuento se sitúa en época del Virrey Toledo, siendo inquisidores del Tribunal los licenciados Cerezuelo y Ulloa.



“María Nieves” se sitúa entre 1782-1783; su protagonista es una joven hermosa a quien pretende Mariano Tupac Amaru, hijo del líder histórico indígena, la cual lo prefiere frente a un blanco apellidado Salcedo. En el primer cuento de asunto contemporáneo “Mi sangre teñirá la nieve”, se recrea, a través de un narrador de primera persona, la figura del escritor Andrés Alencastre, un “misti” (señor blanco) que conoce a fondo el mundo indígena traicionándolo, y a quien se oponen dos autores considerados en el Perú como ejemplo de honestidad intelectual: José María Arguedas y Sebastián Salazar Bondy. “¿Dónde está la verdad Gadafito?” es un cuento realista que tiene como uno de sus protagonistas a un político revolucionario desengañado. En “Buscando un Inca” se habla del romance entre la española Laura Cristóbal, que arriba al Cuzco con “cinco centurias de remordimiento en las valijas” (139) y el “brichero” (conquistador de gringas) Gonzalo, cuya seducción de la joven constituye una revancha del cuzqueño sobre la madre patria. En general, hay que decir que en los cuentos resulta muy verosímil la introspección del autor en los personajes femeninos. Nieto incluye al final del libro un apartado, en el que indica la base real de sus cuentos. En las colecciones de cuentos de Rosas y Nieto, la recopilación conjunta de cuentos históricos y cuentos contemporáneos, implica la voluntad de establecer un diálogo entre el pasado y el presente, haciendo pensar al lector en que si así son las cosas hoy en día, es porque fueron de una determinada manera hace siglos. Los “vasos comunicantes”, como diría Mario Vargas Llosa, que se establecen entre el mito de Inkarrí y movimientos guerrilleros actuales como Sendero Luminoso, son importantes.

También trata del siglo XVI Alberto Massa Murazzi (Lima, 1952), abogado y diplomático. Su novela *La Piedra. Un Instante en el Ombligo del Mundo* (2002) recoge el cerco de Manco Inca al Cuzco, desde la perspectiva de Cusi, un antiguo cantero indio que está al servicio de Hernando Pizarro. Ni el punto de vista indígena adoptado ni la reconstrucción histórica están tan logrados. En *El último día de Francisco Pizarro* (2003) Massa hace una biografía novelada del conquistador, alternando los capítulos que se destinan al transcurso del día de su asesinato, con otros en los que el Marqués evoca su vida. Resulta un libro ameno, que puede servir para acercar la historia a un público muy amplio, que la desconozca.

Otros autores nacidos ya en los años 60 y 70 han hecho incursiones en la historia colonial. Por ser autores de excelentes obras, no obstante no corresponder al marco establecido en estas páginas, mencionaré a Fernando Iwasaki Cauti (Lima, 1961), con *Neguijón* (2005), y a Lucía Charún-Illescas (Lima, 1967), con *Malambo*, ambas referidas a Lima, en el siglo XVII. La novela de Charún tiene la peculiaridad de mostrar la vida colonial desde la



perspectiva de los negros, adoptando la autora una posición antilascasiana (recordemos que el padre Las Casas abogó por el incremento de la esclavitud africana a fin de suavizar las condiciones de vida de los indios, como se hace presente en la novela, cap. III, 46). *Neguijón*, muy documentada desde el punto de vista histórico, no en vano su autor es además historiador, remeda el estilo de la poesía burlesca y la prosa de los *Sueños* de Quevedo, así como del *Diente del Parnaso* y la restante poesía satírica del jienense afincado en Lima Juan del Valle y Caviedes, con una complacencia en lo escatológico. Al mismo siglo XVII se refiere la alabada *Yo me perdono*, de la escritora limeña Fietta Jarque.

Álvaro Vargas Llosa (Lima, 1966) escribe una obra de divulgación histórica, *La mestiza de Pizarro. Una princesa entre dos mundos* (2003), que cuenta la vida de Francisca Pizarro, hija de Francisco Pizarro y la princesa inca Inés Huaylas, quien vivirá entre 1534 y 1598, siendo por ello testigo de los principales acontecimientos peruanos del siglo XVI. La obra aprovecha dos tendencias actuales: la afición de los lectores por la novela histórica y el aumento de la literatura de mujeres o que adopta la perspectiva femenina y feminista. Está basada en el estudio de María Rostworowski: *Doña Francisca Pizarro: una ilustre mestiza*, que cita Vargas Llosa en el prólogo a la edición que he manejado. El hijo de Mario Vargas Llosa es ante todo un inteligente periodista y analista político, y eso se nota en la obra, que, como novela, resulta débil, por el lenguaje, la escasa acción novelesca, etc. Mario Suárez Simich (Lima, 1963) es autor de dos novelas: *El paraíso del Arcángel San Miguel* (2003) y *El tiempo que muere en nuestros brazos (Cartas a Silvia)* (2004), de las que la primera trata asimismo del siglo XVI, mientras que la segunda, muy ambiciosa en su concepción, se sitúa en el período de las luchas de la Independencia, recreando la vida y obra del poeta y prócer arequipeño Mariano Melgar. De las dos obras me parece superior la primera, que es una novela breve bastante bien escrita y que evoca el estilo de las crónicas de Indias. *El paraíso del Arcángel San Miguel* es una novela histórica que reflexiona sobre la posibilidad de instaurar un gobierno utópico, lo cual puede vincularse a las ideas de Mario Vargas Llosa en su última producción literaria. El relato se presenta como el resultado de la investigación que encarga el banquero don Martín Fugger a Rodrigo Hernández de Arriba, escribano real, hacia 1546, para averiguar el paradero de su mayorazgo, don Segismundo, nacido en Colonia, en 1519, y quien pasó a las Indias con los hermanos Pizarro, cuando tenía 16 años. Desde esta estrategia narrativa, el escribano da cuenta de su encargo hilvanando diversos testimonios que transcribe, a través de los cuales se reconstruye la vida de don Segismundo en el Perú: interviene en las luchas entre los conquistadores y la rebelión de Manco Inca, hasta que, extraviado



en una expedición al País de la Canela (Quito), acaba convertido en líder militar y religioso de un poblado selvático. En la selva, Segismundo se arroga a sí mismo el nombre del Arcángel San Miguel, vencedor del demonio, fundando una aldea que pretende ser su visión personal del paraíso. Aunque al principio Segismundo intenta adoctrinar a los indios en la fe católica, poco a poco sus ideas se van transformando en una cosmovisión peculiar. El relato concluye con la muerte de Segismundo y la visita del escribano a los restos de lo que fue su poblado, ante los cuales reacciona:

Fue así como llegó a su fin el Paraíso del Arcángel San Miguel. Y mientras veía yo arder la choza principal pensaba que dependía de la voluntad de Dios la vuelta al Edén y que sólo Él conocía el día. Que los hombres, en su soberbia, cuando intentan levantar un paraíso, acaban edificando el infierno. (116-117)

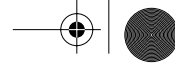
Esta tendencia al relato histórico colonial no parece agotarse en el Perú, sino que atrae a autores más jóvenes. Sandro Bossio Suárez (Huancayo, 1970) empezó a escribir muy pronto y a obtener premios por ello. Profesor universitario y periodista, ha acaparado la atención con su novela breve *El llanto en las tinieblas* (2002, 2ª ed. 2003), ambientada en Lima, en el siglo XVIII. Bossio consigue hacer una novela muy interesante, de trasfondo metafísico, en la que están presentes ideas heréticas desde el punto de vista católico, como la transmigración de las almas, junto con la desconfianza en el clero, el escepticismo y el consiguiente temor a la Inquisición. La inclinación por el pasado colonial se ve, por ej., en Juan Manuel Chávez (Lima, 1976), autor menos consolidado, que ha publicado la novela histórico-fantástica *La derrota de Pallardelle (La edad del olvido)* (2004). Esta obra se inicia con el apresamiento del inca Atahualpa en Cajamarca, episodio crucial de la conquista, que ha sido muy debatido y diversamente juzgado por los historiadores.

Si extraemos las características comunes de las novelas comentadas y las comparamos con estudios sobre la novela histórica hispanoamericana de las últimas décadas,⁷ podremos sacar algunas conclusiones. Como se indicó al principio, los relatos históricos peruanos actuales se centran mayoritariamente en el siglo XVI, época en que se forja la identidad nacional con el mestizaje. Dada su importancia narrativa y testimonial, al recrear la historia son fundamentales las crónicas de Indias, que, como se sabe, han sido vistas además como inspiradoras de la nueva narrativa o *boom* hispanoamericano. En la elección de los cronistas, si la historia tradicional se sustentaba mayormente en cronistas españoles o criollos y el Inca Garcilaso de la Vega, que es mestizo, en estos relatos se da especial relieve a cronistas indígenas, como Titu Cusi Yupanqui o, sobre todo, Felipe Guamán Poma de Ayala. Los escritores evocan favorablemente al padre Bartolomé de las Casas como defensor



de los indios (Charún-Illescas es la excepción, al criticar su actitud ante los negros) y recogen mitos que tienen que ver con la revancha de los nativos frente a la Conquista, como Inkarrí. Sin embargo, su concepción acerca de lo que fue el Imperio incaico es mucho más compleja, reconociendo la importancia de otros pueblos subyugados por los quechuas. La riqueza del Imperio aparece obviamente en los relatos, repitiendo como móviles de la conquista la fe y, más aún, el afán por ascender socialmente y la avaricia. Las referencias a la prosperidad de estas tierras derivan hacia la reflexión acerca de su buen o mal gobierno y sus consecuencias, lo que permite establecer un paralelo con el Perú contemporáneo. Las novelas suelen situarse en los dos centros principales del Virreinato durante el siglo XVI: Lima y Cuzco, con alguna salvedad (Bravo con Saña o Zaña). Otro aspecto que caracterizó el primer siglo colonial, aunque todavía no esté suficientemente estudiado, fue la llegada de judíos conversos, que destacan como personajes en Tord, Bravo, Rosas Paravicino y otros. Los trabajos históricos y literarios de los últimos años han puesto de relieve las dificultades existentes para una evangelización profunda, lo que llevó al sincretismo religioso de lo católico con creencias indígenas prehispánicas y otras propias de los africanos, tal como reflejan estos relatos; Tord hace hincapié en el clima de confusión ideológica del período. En casi todos los libros ocupa un lugar destacado la Inquisición. La perplejidad que debió de sentir el hombre de la Edad Moderna ante el Descubrimiento del Nuevo Mundo, presente en las crónicas de Indias, se transmite a las narraciones, cuyo escepticismo procede lógicamente también del hombre actual que las escribe; recordemos, por ejemplo, el gusto de Jorge Luis Borges por los herejes y las herejías. En varios relatos intervienen curas amancebados, crítica anticlerical que posee una trayectoria en el Perú, a partir de las ideas del círculo de Manuel González Prada; un ejemplo de ello es el asunto de *Aves sin nido*, de Clorinda Matto de Turner, novela que es considerada punto de partida del indigenismo en América.

En general, los narradores peruanos que recrean el siglo XVI no tienen reparo en utilizar como personajes o protagonistas a figuras históricas relevantes;⁸ en este sentido me parece especialmente significativo el cuento "Hijos de Supay", de Nieto, donde el autor se atreve incluso a imaginar el mundo interior de Manco Inca. Frente a ellos, los escritores que ambientan sus obras en los siglos XVII y XVIII fabulan más al construir los personajes, haciéndolos proceder, como se ha dicho,⁹ de sectores marginales de la sociedad. Aunque del conjunto de textos mencionados sólo hay dos escritos por mujeres (Lucía Charún-Illescas, Fietta Jarque), los cambios operados en la situación de la mujer durante el siglo XX se advierten en el interés que suscitan los personajes femeninos y la adopción de su voz, por parte de los auto-



res, para contar los hechos. Como señala atinadamente Fernando Aínsa al comentar la nueva novela histórica hispanoamericana, lo que diferencia, sobre todo, el quehacer histórico de la ficción es la intencionalidad del autor, que se traduce en la elección de uno u otro punto de vista al escribir el relato. Mientras que el historiador establece una separación clara entre el sujeto que relata y el objeto relatado, con una “voluntad de objetividad” o búsqueda de la verdad, el autor de novelas históricas convierte en subjetivo lo histórico. Por ello, al analizar los libros, he procurado referirme a las estrategias narrativas que han seguido los autores para abordar la historia, en su afán de introspección o de alcanzar una comprensión mejor de los hechos, más profunda.

En los narradores históricos peruanos contemporáneos me parece especialmente interesante su deseo de mostrar la documentación en la que se han basado; una gran mayoría incluye en sus libros listas de personajes históricos, vocabularios y, sobre todo, bibliografía. Son escritores que intentan hacer una exposición distinta de los hechos a partir de un conocimiento cabal de la historiografía reciente (por ejemplo, Bravo, en todo lo relativo a Saña y a las artes curativas coloniales), con fe en “la verdad de las mentiras”, que es lo que justifica su quehacer literario. En este modo de proceder, son herederos de la novela histórica de Alejo Carpentier y de su teoría de “lo real maravilloso”, según la cual los hechos históricos americanos pueden ser más asombrosos o maravillosos que la sola imaginación. Esta seriedad a la hora de abordar la materia histórica, los aleja de Ricardo Palma, quien, aunque decía que sustentaba sus tradiciones en historias reales o documentos hallados (lo que es hoy, por otra parte, difícil de comprobar por lo sucedido en la guerra con Chile y el incendio de la Biblioteca Nacional del Perú, en 1943), tenía pocos escrúpulos para distorsionar la historia cuando la amenidad del relato lo pedía. Para acabar, sólo añadiré que confío en que estos apuntes sirvan para dar a conocer mejor a un grupo de escritores que, desde una labor exigente, intentan ayudarnos a ahondar en la realidad peruana.

NOTAS

1. Pese a que el Congreso provocó una polémica nacional, fue un evento que consiguió reunir a escritores peruanos de un amplio espectro geográfico e ideológico. Se notó, eso sí, la ausencia de críticos peruanos relevantes, como Ricardo González Vigil, José Miguel Oviedo y Julio Ortega.
2. En algunas de estas obras parece repercutir además la lectura de la novela histórica indigenista *El Pueblo del Sol*, de Augusto Aguirre Morales, reimpresa por tercera vez en 1989.



3. En el capítulo 6 se describe la celebración del Corpus Christi en el Cuzco, presidida por el Virrey Toledo, la que sirve para evocar festividades indígenas en las que se sacrificarían niños y llamas (156) y el Inti Raimi incaico. Esta superposición de creencias prehispánicas y cristianas se recoge también, por ejemplo, en el teatro de Sor Juana Inés de la Cruz, escrito en México, en el siglo xvii.
4. Por ejemplo, en *Cuando la gloria agoniza*, vemos cómo los cantos a Oshún y Shangó de los negros se mezclan con los Kiries y rezos de la procesión del Corpus Christi.
5. Por los mismos años en que Tord y Bravo empiezan a publicar estos relatos, el crítico limeño, ya fallecido, Augusto Tamayo Vargas (1914) da a conocer su novela histórica *Amarilis, amante de dos sueños* (1988), que no he llegado a leer.
6. En *La Quimera y el Éxtasis* de Bravo hay un personaje llamado Pluma, que desea ejercer el oficio de impresor junto a Irere Mayó. La introducción de la imprenta en América es uno de los acontecimientos culturales más importantes del siglo xvi.
7. Ver Menton y los trabajos reunidos en Kohut.
8. Para Menton y Marco Aurelio Larios, ésta sería una característica de la nueva novela histórica hispanoamericana, que la diferenciaría de la novela histórica del Romanticismo, durante el cual, siguiendo modelos europeos, la condición histórica residiría en la reconstrucción de ambientes, empleando como protagonistas a seres imaginarios.
9. Suárez Simich o Bossio en “Hacia la forja de una narrativa histórica”.

OBRAS CITADAS

- Aguirre Morales, Augusto. *El Pueblo del Sol*. 1924. 3ª ed. Lima: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC), 1989.
- Aínsa, Fernando: “Invencción literaria y ‘reconstrucción’ histórica en la nueva narrativa latinoamericana”. *La invención del pasado: la novela histórica en el marco de la postmodernidad*. Ed. Karl Kohut. Madrid: Iberoamericana, 1997. 111-121.
- Bossio Suárez, Sandro. *El llanto en las tinieblas*. 2ª ed. Lima: Editorial San Marcos, 2003.
- Bravo, José Antonio. *Cuando la gloria agoniza. Irere Mayó: El Brujo (Ensayo Novelado)*. 2ª ed. Lima: OKURA Editores, 1991. Con un colofón de Manuel Alvar.
- . *La Quimera y el Éxtasis*. 2ª ed. Lima: Luis Alfredo Ediciones S.R.L., 2004.
- Charún-Illescas, Lucía. *Malambo*. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal. Editorial Universitaria, 2001.
- Chávez, Juan Manuel. *La derrota de Pallardelle (La edad del olvido)*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM-Antares Artes & Letras, 2004.
- . “Hacia la forja de una narrativa histórica” [intervenciones del *I Congreso Internacional 25 años de narrativa peruana, 1980-2005*. Casa de América, Madrid, 23-27 de mayo, 2005]. *Identidades*. Suplemento Cultural de *El Peruano* 88 (4 jul. 2005).
- Iwasaki Cauti, Fernando. *Negujón*. Madrid: Santillana, 2005.



- Jarque, Fietta. *Yo me perdono*. Madrid: Alfaguara, 1998.
- Kohut, Karl, ed. *La invención del pasado: la novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana, 1997.
- Larios, Marco Aurelio. "Espejo de dos rostros. Modernidad y postmodernidad en el tratamiento de la historia". *La invención del pasado: la novela histórica en el marco de la postmodernidad*. Ed. Karl Kohut. Madrid: Iberoamericana, 1997. 130-36.
- Massa Murazzi, Alberto. *La Piedra: un Instante en el Ombligo del Mundo*. Lima: P.R.D. Servicios y Negociaciones EIRL, 2002.
- . *El último día de Francisco Pizarro*. Lima: Alfaguara, 2003.
- Menton, Seymour. *Latin America's New Historical Novel*. Austin: University of Texas Press, 1993.
- Nieto Degregori, Luis. *Señores destos Reynos*. Lima: Peisa, 1994.
- Palma, Ricardo. *Tradiciones Peruanas Completas*. Madrid: Aguilar, 1964.
- Rosas Paravicino, Enrique. *Ciudad apocalíptica*. Cusco: Libranco Editores, 1998.
- Sánchez, Luis Alberto. *La Literatura Peruana. Derrotero para una Historia Cultural del Perú*. Vol. 5. Lima: Juan Mejía Baca, 1981.
- Suárez Simich, Mario. *El paraíso del Arcángel San Miguel*. Madrid-Lima: Naylamp Editores-Hipocampo Editores, 2003.
- . *El tiempo que muere en nuestros brazos: cartas a Silvia*. Madrid-Lima: Naylamp Editores-Hipocampo Editores, 2004.
- Tamayo Vargas, Augusto. *Literatura Peruana*. Vol. 3. Lima: Peisa, 1992.
- Tord, Luis Enrique. *Oro de Pachacamac*. Lima: Ediciones El Virrey, 1985.
- . *Sol de los soles*. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal-Editorial Universitaria, 1998.
- Vargas Ugarte, Rubén. *Historia General del Perú (Virreinato 1689-1776)*. Lima: Carlos Milla Batres, 1981.